

idioma se borra al servicio del ambiente y la peripecia: tres historias relacionadas con un objeto, una chocolatera de porcelana de Sèvres que llega a Barcelona en el siglo XVIII, y va cambiando de manos hasta que se convierte en un símbolo del amor triangular entre un químico, una pastelera-historiadora y un pastelero-artista que en los años preolímpicos coinciden en un taller de técnicas chocolateras. La historia contemporánea deja paso a una trifulca amorosa de la época del modernismo que, retrocediendo un siglo, nos sitúa en el momento de la gran pasión por el chocolate en la Barcelona del 1800. Cada uno de estos tres relatos está explicado con un punto de vista y un estilo distintos: Care Santos pone en juego la correspondencia literaria y el entremés, la ópera y la comedia, la confesión y el costumbrismo televisivo. Siempre hay gente que se esconde y que esconde cosas, que se entera escuchando a escondidas. A partir de este juego de esconderse, escuchar y saber, la autora retrata la sociedad barcelonesa, permeable en el fondo, que permite a los ciudadanos subir en la escala social, de la Casa de Misericordia al Eixample y del paso de la Bonanova a los pisos recuperados y carísimos frente a Santa María del Mar de los años noventa.

Esta es probablemente la elección del libro: el chocolate de la mejor calidad es un signo de distinción, en el siglo XVIII, en el momento del boom económico del modernismo y en la Barcelona del turismo gastronómico. La gente aspira a mejorar e incorporarse a ese club selecto de amantes del chocolate. Una chocolatera vieja y exquisita va pasando de mano en mano, como un testimonio de los valores de la ciudad que no vive ninguno de sus episodios trágicos (la guerra de Sucesión, la dictadura de Primo de Rivera o la Guerra Civil). Es una historia sin más incidencias que las sentimentales, marcada por el carácter emprendedor de la gente del país, que inventa máquinas para moler el cacao y elaborar el chocolate, y unas combinaciones de ingredientes que son la envidia del mundo, que se las ingenia para transmitir un legado de sensualidad, hedonismo y buen gusto. Frente a la novela apocalíptica que exagera los males de la Barcelona actual, *Desig de xocolata* canta sus excelencias idealizadas.

Lo hace con un buen ritmo narrativo (lástima de algunos rodeos cuando ya no hay más que decir) y con una serie de personajes (la criada que se convierte en señora, el cronista que ha de destruir confidencialmente su crónica, mosén Fideo, defensor de doncellas sin fortuna) que dan vida a un libro que no cae de las manos y que dentro de su estilo, de novela popular con fondo histórico, es una pieza remarkable. |

Stig Dagerman
El hombre desconocido
Traducción de Juan Capel y Marina Torres

NÓRDICA LIBROS
344 PÁGINAS
22,50 EUROS

ROBERT SALADRIGAS

El escalofrío es inevitable cuando uno abre el volumen que luce en portada este título, *El hombre desconocido*, y se encuentra en el prólogo escrito por el antólogo y traductor Juan Capel con el primer impacto: "Stig Dagerman murió una mañana de noviembre de 1954. Se encerró en el garaje de su casa, arrancó el motor del coche y esperó a que los gases tóxicos hicieran el resto. Tenía treinta y un años y ponía fin así a una brillante y meteórica carrera literaria". Stig Dagerman había nacido en 1923 en la Suecia rural, luego se instaló definitivamente en Estocolmo, ejerció el periodismo y fue anarquista. Para qué saber más cuando no se han leído dos de sus novelas traducidas hace bastante tiempo, *Gato escaldado* y *La serpiente*, pero ahora se tiene a mano un libro que contiene una amplia selección –veintiséis– de los cuentos que escribió entre 1944 y el año de su muerte; algunos de ellos aparecidos más tarde.

Pienso, con franqueza, que merece la pena dejarse guiar por el instinto e ir descubriendo que varios de los cuentos recogidos en *El hombre desconocido* –incluido el que presta su título al libro– son excepcionales. Los hay que para mí gusto son casi insuperables. Ni más ni menos. Sin querer influir

en quienes me leen –lo apasionante es que cada cual asuma sus riesgos y exprese el placer de sus propios hallazgos– creo que una de esas piezas valiosas, admirable por su manera de administrar la dramática complejidad de la historia por otra parte tan bergmaniana, es *La sorpresa* (1948), el relato de una joven viuda y su hijo convocados a la casa rural del abuelo paterno en ocasión de su setenta aniversario para mostrarles un brutal e injustificado desdén cuyo origen sólo podemos intuir.

Otra pieza que brilla con luz propia, tan magistral de concepto co-

En todos los cuentos de este autor suicida hay algo, un algo emotivo, indefinible; su narrativa es fibrosa

mo deslumbrante en su desarrollo, es *Juegos nocturnos*, de nuevo protagonizada por un niño que sueña con hacerse invisible para liberarse de una situación familiar descontrolada que amenaza su equilibrio. Es difícil no imaginar huellas de la autobiografía de Dagerman en estos cuentos. ¿Cómo debió ser? A tenor de lo que dejó escrito, un hombre acosado por la ansiedad, el miedo, el aislamiento, la so-

lidad con los que luchan en defensa de sus ideas –vean su preocupación (*Érase una vez un mayo*, 1944) por las derivas de la guerra civil española–, en contraste con su visión ácrata de un mundo en crisis que día tras día se le vuelve inhabitable, le va minando por dentro y por fin consigue vaciarse en un cuento que es una síntesis de su condición de hombre y artista capaz de convertir el dolor en palabras: *Nuestra necesidad de consuelo es insaciable* (1952), escrito cuando faltan dos años para su muerte.

Mientras me introducía en otros relatos, así *El viaje del sábado*, *Aguanieve*, *El hombre que no quiso llorar* o el desasosegante *Un invierno en Belleville*, no todos de la misma exigencia, me daba cuenta de que en todos ellos y su hijo convocados a la casa rural del abuelo paterno en ocasión de su setenta aniversario para mostrarles un brutal e injustificado desdén cuyo origen sólo podemos intuir. Mientras me introducía en otros relatos, así *El viaje del sábado*, *Aguanieve*, *El hombre que no quiso llorar* o el desasosegante *Un invierno en Belleville*, no todos de la misma exigencia, me daba cuenta de que en todos ellos y su hijo convocados a la casa rural del abuelo paterno en ocasión de su setenta aniversario para mostrarles un brutal e injustificado desdén cuyo origen sólo podemos intuir.

Ahora, al llegar aquí, advierto que curiosamente los tres expresionistas –junto con el noruego Ibsen– tienen además en común lo que es maravilloso: su obra sigue viva y va creciendo con el tiempo. En este sentido la narrativa dramática de Stig Dagerman, interrumpida demasiado pronto, es la de un contemporáneo que ha alcanzado por sí misma la madurez. Así es como la veo. |



Una estampa de vida rural en la Suecia de la primera mitad del siglo XX

GETTY IMAGES

ESCRITURAS

Miércoles, 28 mayo 2014

9 Culturales La Vanguardia

9